

## LEYENDA QUINTA.

## LA PASIONARIA.

## CUENTO FANTASTICO.

## INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno,  
De flores y árboles lleno  
Que á un jardín se parecia,  
Un buen hidalgo vivia,  
De pesadumbres ageno.  
De aquel albergue escondido  
La soledad deleitosa,  
Había un santuario sido,  
Donde pasó guarecido  
Su larga vejez dichosa.  
Soldado fué mientras pudo  
Con el lanzon y el escudo,  
Mas su buen tiempo pasado,  
Volvió á su valle ignorado  
A ser campesino rudo.  
Allí dejó á su partida  
Para la empeñada guerra,  
En una esposa querida  
Y una hija de ella tenida,  
Cuanto adoraba en la tierra.  
Mas de la guerra al volver  
Con sus heridas ufano,  
Echó el buen hombre de ver  
Que honrado volvía en vano;  
Faltábale su mujer.  
El pobre hidalgo la enviaba  
Nuevas suyas cada dia  
Que una ocasion encontraba;  
Pero siempre se perdía  
El mensaje, y no llegaba.  
Murió, pues, la triste esposa,  
Sin noticias de su suerte,  
Pues en lid tan azarosa,

Dar era difícil cosa  
Mas noticias que la muerte.  
Lloró su mala ventura  
Por largo tiempo el soldado;  
Mas todo el tiempo lo apura,  
Y el deleite y la amargura  
Tienen su fin señalado.  
Vivo trasunto de aquella  
Perdida ya dulce esposa,  
Quedábale una doncella,  
Como su madre amorosa,  
Y mas que su madre bella.  
¿Y quién vive Dios! no olvida  
Los desastres mas prolijos,  
Cuando la luz de su vida  
Llega á ver reproducida  
En el amor de sus hijos?  
La vejez desencantada  
Tal vez no goza con nada;  
Pero la mas cruel historia  
Se borra de su memoria  
Si de hijos se ve cercada.  
Así el valiente Robleda  
Todo su amor atesora  
En la hija que le queda:  
¡Ojalá Dios le conceda  
Larga vejez con su Aurora!  
Aurora, sí, se llamaba,  
Porque en la aurora de un dia  
Con que un Abril empezaba,  
Nació, y el sol que apuntaba,  
Con ella á la par nacia.  
¿Y quién sabe si al prever  
Su hermosura venidera,  
Quiso el sol su estrella ser,

Y vino la primavera  
Su mas bella flor á ver?  
Así suceder debió,  
Porque en aquella espesura  
La bella Aurora creció,  
Y dióla doble hermosura  
Cada aurora que pasó.  
Rosa del valle frondoso  
Que del cierzo la guarnece,  
Su cáliz abre oloroso,  
Bálsamo esparce precioso  
En el desierto que crece.  
Sus primorosos colores  
Y su fragancia exquisita,  
Vergüenza son de las flores  
Que aquellos alrededores  
Dan entre yerba marchita.  
Y orgulloso y satisfecho  
De guardar tan linda flor,  
Robleda pide á su pecho  
Ambito menos estrecho  
Para su ambicioso amor.  
Toda su triste existencia  
De auroras desventuradas  
Y de sangrientas jornadas,  
De aquella Aurora en presencia,  
Sueño es de cuitas pasadas.  
Y así en su albergue escondido,  
Y en soledad deleitosa,  
Contra el pesar guarecido  
Pasa su vejez dichosa  
El soldado encanecido.

## I.

En una de Abril fecundo  
Deliciosísima tarde,  
Y en la orilla de un arroyo  
Que cruza el ameno valle,  
Bajo la sombra sentada  
De unos juncos desiguales,  
Una hermosísima niña  
Sola y distraída yace.  
Del manso arroyo contempla  
Los fujitivos cristales,  
Que en las arenas del fondo  
Reflejan su bella imagen,  
Y hállase linda sin duda,  
Segun lo que se complace,  
Ya sonriendo con ella,  
O ya con ella enojándose.  
A veces turbando el agua,  
La borra por un instante,  
Volviendo curiosa luego  
A ver cómo se rehace,  
Y asoma sobre sus labios  
De purísimos corales,  
Vaga é infantil sonrisa,  
De nuevo al verla formarse.  
Mírala atenta, esperando  
A que las aguas se aclaren,

Y á solas con su reflejo  
Plática entabla muy grave.  
“¿Por qué me miras, le dice,  
Cuando me inclino á mirarte,  
Y si me aparto te apartas,  
Y si salgo á verte sales?  
¿No sabes que es mucho orgullo  
Para una sombra tan frágil,  
Hasta quien la da la vida  
Osar subir arrogante?  
¿No sabes que con un soplo,  
Romper y manchar me es fácil  
Los ojos con que te atreves  
En los míos á mirarte?  
¿Quién eres tú, necia sombra,  
Para salir á encontrarme  
Tras el quebradizo muro  
De tu trasparente cárcel;  
Tú, pobre ilusión sin vida,  
Sombra sin cuerpo palpable,  
Que solo á la sombra de otro  
Puedes vivir arrastrándote;  
Tú, que á mi solo capricho  
Debes no mas cuanto vales,  
Puesto que nunca nacieras  
Si yo á tí no me acercase?  
¿Y todavía me miras?  
Y te me ries, infame?  
Y me provocas sirviéndote  
De mis mismos ademanes?  
Para insolencia tamaña  
Ya no hay paciencia que baste;  
Toma, descarada, y sea  
Cada granito un ultraje.”  
Y así la hermosa diciendo,  
Por castigar á su imagen,  
Tiraba al fondo del agua  
Las arenas de la márgen.  
Al ver la espuma que elevan,  
Al ver los innumerables  
Circulillos que producen,  
Y unos y otros quebrándose  
Fugitivos de su centro,  
Y en tumulto interminable  
Los unos van á perderse  
Adonde los otros nacen;  
Y entre la confusa tela  
De sus líneas vacilantes,  
Al ver en el fondo turbio  
Inquieta siempre su imagen,  
Con inocente ronrisa  
Y con infantil donaire:  
“Eso es, decía, ya vuelves,  
Necia sombra, á tus desmanes;  
Mas veremos por quién queda,  
Tú á salir, y yo á borrarte.”  
Y arena tiraba al agua  
Con caprichoso coraje.  
En tal entretenimiento  
Se la pasaba la tarde,  
Luchando contra su sombra  
Que parecia constante,  
Cuando un mancebo, que estaba

Tras ella, con voz suave  
Y afectuosísimo tono,  
Dijola: "Aurora, ¿qué haces?"  
Tornóse al punto la niña,  
Y ruborizada alzándose,  
Dijo bajando los ojos:  
—¿Qué he de hacer mas que esperarte?  
—Tan entretenida estabas  
Con el arroyo. . . .

—Tirábale

Las arenillas que cria,  
Por venganza.

—¿En qué es culpable

Para que así le castigues?  
—Detesto sus falsedades,  
Y él me engaña.

—¿Qué te dice?

—Me copia todo el semblante,  
Y mente sin duda alguna.

—¿Por qué?

—Porque á ser iguales

Yo y el reflejo que pinta,  
Mas en verdad te agradase.

—¿Pues quién te ha dicho, alma mia,

Que yo no te le idolatre?

—Mas á menudo vinieras,  
Si así fuera, á contemplarle.

—¿Acaso tardé?

—Lo ignoro.

Cuando vienes, nunca es tarde;  
Pero cuando pasa un día,  
Y otro y otro, y aguardándote  
Paso horas y horas sentada,  
Mirando por todas partes,  
Sin que por ninguna lleguen  
Mis ojos á tropezarte,  
¡Ay, Félix, qué de recelos  
Me atormentan!

—¿Pues no sabes

Que tengo yo, Aurora mia,  
Ayo, maestros y padre,  
Que me acechan de continuo,  
Y que me es fuerza robarles  
Los minutos para verte,  
Si no para idolatrarte?  
Cuando el castillo abandona  
Ya por caza, ya por viaje,  
Es solo cuando evadirme  
De mi preceptor es fácil;  
Y solo con mil pretextos  
Logro entonces engañarle,  
Y no oír sus importunos  
Consejos inagotables.  
Con el del noble ejercicio  
De las armas salgo al parque,  
El caballo se desboca,  
Salta la zanja y al valle.  
Tanto, bien mio, me cuesta  
Verte unos cortos instantes,  
Mas no hay azar que no arrostre  
Por oírte y contemplarte.  
—Ay Felix ¡siempre palabras  
Consoladoras me traes!

Mas no sé qué falta en ellas  
Que nunca me satisfacen.

—¿Dudas acaso? . . . .

—No en tí,

Que no me atreviera amándote.

—¿Pues en quién?

—En la fortuna.

Tú tan noble. . . .

—Y es bastante

Garantía la nobleza  
De mi encumbrado linaje  
Para cumplir mis palabras.

Y esto, Aurora mia, baste,  
Que me ofenden esas dudas.

—Siempre ese altivo lenguaje  
Félix, siempre te me enojas!

—¿Yo, Aurora mia, enojarme?

Contigo, mi bien, mi gloria.

Jamas.

—Pues tu mano dame,

Júrame que me amas mucho  
Y hagamos las amistades.

—Las manos no, el corazon.

—No puedo yo tanto darte.

—¿Pues qué, corazon no tienes?

—No, que ha venido á robármele

Un mancebo muy gallardo.

—¿De veras?

—Sí, como un ángel.

—¿Y se lo llevó?

—Sin duda.

—Como yo llegue á encontrarle. . . .

—¿Se le pedirás?

—No á fé.

—¿Pues qué has de hacer?

—Arrancársele.

Y aquí cayendo la niña

En los brazos de su amante,

Sonó un regalado beso

Que devoró ansioso el aire.

—Aurora, dijo el mancebo,

Mira al sol.

—Félix, te partes?

—¿Qué he de hacer? Espira el día.

—Es verdad, Félix. Mi padre

Tambien estará impaciente.

¿Volverás pronto?

—Cuanto antes.

—¿Te acordarás de mí?

—Siempre:

Mi existencia es solo amarte;

No tengo en mi corazon

Mas que un altar con tu imágen.

—¿Se borrará?

—Nunca, Aurora:

Pintada está con mi sangre

Y por el crisol pasada

Del fuego que en ella arde.

Y al dulce beso tornaron

En punto tal separándose,

Y mientras verse pudieron

No dejaron de mirarse.

Subia aprisa don Félix

Y con pasos desiguales  
Por la tortuosa vereda  
Que lleva fuera del valle;  
Y lentamente cruzaba  
Aurora la opuesta parte,  
Por la olorosa pradera  
De que es su casa el remate.  
Y á cada paso volviéndose,  
Y de lejos saludándose,  
Ambos á dos se juraban  
Como quien eran amarse.  
¡Pobres niños, que insensatos  
Juzgaban interminable,  
Lo que era con solo un soplo  
Interrumpirles muy fácil!

## II.

Tendia sobre la tierra  
Su oscuro manto la noche,  
De estrellas poblando el cielo  
En magnífico desórden.  
Lanzaba apenas la luna  
Sus tímidos resplandores,  
Como enamorada que abre  
Recelosa sus balcones  
Por ver al galan que espera  
Y que las sombras la esconden,  
Mas cuyo contorno vago  
En la oscuridad conoce.  
Todo en el valle reposa,  
Y con murmullos acordes  
Entre las hojas susurran  
Los céfiros juguetones.  
El manso rumor del agua  
Que entre los céspedes corre,  
Mezclado con sus murmullos  
Incesantemente se oye.  
Perfuma el ambiente puro,  
De las campesinas flores  
El grato y sencillo aroma,  
Que ávida el aura recoge;  
Brotan del húmedo césped  
Imperceptibles vapores,  
Que de las ráfagas vuelan  
Sobre las alas veloces;  
Y la frescura se aspira,  
Y los sentidos absorbe  
Vaga languidez dulcísima,  
Que hace su deleite doble.  
El pensamiento perdido  
El ancho espacio recorre  
En pos de mil imposibles  
Encantadas ilusiones.  
Los ojos, alucinados  
Con mil falsos resplandores,  
Realidades imaginan  
Sus increadas ficciones.  
Y en el azul trasparente  
Cuya estension desconocen,  
Sus errantes fantasías

En su desvarío ponen.  
Y un vapor que le atraviesa,  
Un insectillo que indócil  
Le cruza inquieto, sonando  
Sus alillas uniformes;  
Un hoja que va en el aire,  
Sin hallar en qué se apoye,  
Y desprendida de un tronco  
Acaso de sávia pobre,  
Por una vision la toman,  
Que pasa ante ellos informe,  
Suspiro tal vez de un hada,  
Plegaria acaso de un monje.  
Noche azul, limpia y serena,  
Tras la cual se reconoce  
Lo infinito del espíritu  
Que con un soplo hizo el orbe.  
En esta noche tranquila,  
Y en este valle, fué donde  
Delante de una ventana  
De su alquería sentóse  
El bueno de Juan Robleda  
En un gran sillón de roble,  
Asegurando los codos  
En sus brazaes enormes.  
Los ojos en tierra fijos,  
Mohino el semblante noble,  
Sumido el ánimo muestra  
En graves meditaciones.  
Jamas se le vió tan triste;  
Sin duda su pecho esconde  
Algun secreto funesto  
Que el corazon le corroe.  
Secreto que en el silencio  
Es fuerza que le devore,  
Que en su corazon se entierre  
Y en su corazon se ahogue.  
Mas él desea sin duda  
Que fuera de él se desborde,  
Reduciendo sus tormentos  
A sentidas espresiones,  
Que otro las oiga y las sienta  
Como él las siente y las oye,  
Ya porque él lo necesite,  
O ya porque á otro le importen.  
Y esto sin duda resuelve,  
Porque dejando su inmóvil  
Posicion, por la ventana  
Llamó á Aurora, y levantóse.  
Entró la hechicera niña,  
Volvió á su sillón de roble  
El padre, y entre los dos,  
Plática tal entablóse.

ROBLEDA.

¿Dónde has estado?

AURORA.

En el soto.

ROBLEDA.

¿Qué has hecho allí?

AURORA.

Coger flores.

ROBLEDA.  
¿Y has cogido muchas?

AURORA.

Muchas.

ROBLEDA.  
Ten cuenta con las que coges,  
Y no vayas á buscarlas  
Al parque de los señores  
De Aracena, porque tiene  
Muy malos alrededores.

AURORA.

Yo, señor . . .

ROBLEDA.

¿Me has entendido?  
No están mis ojos tan torpes  
Todavía, que no alcancen  
Hasta el lindero del bosque.

AURORA.

Duéleme, padre y señor,  
Que mi conducta os enoje;  
Mas yo prometo . . .

ROBLEDA.

Hija mía,  
No hay desdicha que no arrostre  
Tu padre por tu ventura,  
Ni mal que por tí no afronte.  
Mas no hay tampoco desdicha  
Que me desvele ni asombre  
Como el temor de perderte.

AURORA.

¿Y á qué, padre, esos temores?  
Aquí hemos siempre vivido  
Retirados; nuestra pobre  
Posesion, respetan siempre  
Los bandidos y los nobles.  
Mil veces me habeis contado  
Que allá detras de esos montes  
Está la tierra turbada  
Con guerra y desolaciones.  
Que todo el mundo está henchido  
De desventuras y horrores,  
Pero jamas han llegado  
A nuestro valle sus voces.

ROBLEDA.

¡Ah! que no es, Aurora mía,  
Tan peligroso el redoble  
Del atambor que convoca  
Para matarse los hombres,  
Como la voz engañosa  
De esas mágicas pasiones  
Que viven en nuestro pecho  
Como huéspedes traidores.  
Lides se vencen lidiando,  
Y al fin, ya que no se logre  
Salir de una guerra siempre  
Felices ó vencedores,  
La fuga salva aunque manche;  
¿Mas cómo de las traiciones  
Defenderse de enemigos

Que á par con nosotros corren?  
Bajas, Aurora, los ojos;  
La faz ruborosa escondes;  
¿Ay de tí, luz de mi vida,  
Si freno al amor no pones!

AURORA.

¡Callad por Dios, padre mio!

ROBLEDA.

Es fuerza decirlo, óyeme:  
Todo lo sé, pobre niña,  
Esas desdichadas flores  
Que vas á coger al campo,  
Son las falsas espresiones,  
Los juramentos de amor  
De un mozo á quien no conoces,  
Y de quien tú no has nacido  
Mas que sierva. Y si no rompes  
Tan torpes lazos, si no echas  
En olvido hasta su nombre . . .

AURORA.

Padre, imposible. Se mezcla  
En mis mismas oraciones.  
No se aparta de mi mente  
Ni de dia ni de noche.

ROBLEDA.

Pues bien, Aurora, es forzoso  
Que desprendértele logres  
Del corazon, es preciso  
Que huyamos lejos de ese hombre.  
Tú no naciste condesa,  
No heredaste mas blasones  
Que tu honor, y esa no es prenda  
Para perdida de un golpe.  
Venderé nuestra alqueria:  
Aurora, á partir disponte;  
La distancia es el olvido,  
Y el tiempo allana los montes.

AURORA.

Pues bien, padre, partiremos:  
Conozco vuestras razones;  
Iremos donde gustáreis;  
Será un sacrificio enorme;  
Tal vez me cueste la vida;  
El alma tal vez indócil  
Se resista de tal modo,  
Que el aliento me sofoque;  
Pero primero es mi padre:  
Vuestros caprichos son órdenes  
Para mí, sí, padre mio,  
Mas dejadme que le lllore.  
No extrañeis, no, que á los párpados  
Las lágrimas se me agolpen;  
No me preguntéis la causa,  
Que será mentar su nombre.  
Y aquí de hinojos Aurora  
Ante su padre se pone  
Diciendo:—Padre, partamos  
Antes que don Félix torne.

## III.

Catorce dias despues,  
De su alqueria á la puerta  
Iba á montar á caballo  
El bravo Juan de Robleda;  
Ya estaba á su lado Aurora  
Sobre una jaquilla negra,  
Y un criado conducia  
Sobre una mula su hacienda.  
Las crines tenia asidas  
El soldado, y el pié cerca,  
Del estribo, cuando á ellos  
Vió con estraña sorpresa,  
Venir un hombre en un potro  
Desbocado por la cuesta,  
Y á pique de despenarse  
Por la tortuosa vereda:  
Las compasivas miradas  
Clavó en él con ansia extrema  
De que descendiera vivo,  
Lo que á la verdad espera,  
Mas gracias á su fortuna  
Mucho mas que á su destreza,  
Por la orilla del arroyo  
Siguió su rauda carrera.  
Pasó el lindero del soto  
Tan veloz como una flecha,  
Saltó la zanja del bosque,  
Cruzó el puente de madera,  
Y pasó por medio de ellos  
Sin ser dueño en su violencia  
De contener de su potro  
El impulso y la fiereza.  
Era don Félix. Aurora  
Palideció á su presencia,  
Y el viejo esperó pregunta  
Para concebir respuesta.  
¿Partís? pregunto don Félix,  
Con faz pálida y colérica:  
Y con altiva mesura:  
Partimos, dijo Robleda.

DON FELIX.

¿Por mucho tiempo?

ROBLEDA.

Por mucho,  
Si es mucha la vida entera.

DON FELIX.

Los vasallos de mi padre  
No puede sin su licencia  
Abandonar sus estados.

ROBLEDA.

Por eso fuí yo á obtenerla  
De él mismo no ha muchas horas.

DON FELIX.

¿Y os la dió?

ROBLEDA.

Y gracias con ella.  
Conque así, señor don Félix,

Mire si paso nos deja,  
Porque la jornada es larga  
Y la mañana está fresca.

DON FELIX.

No será mientras yo viva,  
Buen viejo, y tened paciencia,  
Que no ha de salir mi esposa  
De donde su esposo queda.

ROBLEDA.

¿Qué estais hablando, don Félix?  
¿Qué esposa ó que rayo es esa,  
Ni que tengo yo que ver  
Con quien vuestra esposa sea?

DON FELIX.

Mas de lo que vos pensais  
Mi mujer os interesa,  
Que os vengo á pedir á Aurora  
Para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA.

¿Está su merced sin juicio,  
Por Cristo vivo!

DON FELIX.

—Ello es fuerza,  
Yo la adoro, la idolatro;  
Todo el poder de la tierra  
No me arrancará del pecho  
Esta pasion violenta.

ROBLEDA.

—Teneos, señor, teneos,  
Que se os desboca la lengua;  
Y aunque os amargue, es preciso  
Que oigais la verdad sincera.  
Don Félix, doy por supuesto  
Que ella os ama, doy que es cierta,  
Profunda vuestra pasion,  
Decidida y verdadera;  
Mas ella nació villana,  
Y vos en estirpe régia,  
Sí, porque sangre de reyes  
Circula por vuestras venas;  
Ved, pues, si podeis bajaros  
Hasta humillaros con ella,  
O si ella puede subir  
A vuestra altitud escelsa.

DON FELIX.

—Sí puede; viven los cielos!  
Que en la mujer no hay nobleza,  
Y en alas de la hermosura  
Se encumbra hasta las estrellas.  
Cuando yo herede el condado,  
Aunque segadora fuera,  
La esposa que yo tomare  
Fuera siempre la condesa;  
Que si soy de sangre noble,  
Soy tambien . . .

ROBLEDA.

—Un calavera  
Que os cansareis en dos meses  
De una záfia lugar eña,

Y la encerrareis tirano  
En alguna fortaleza,  
Para gastar en la córte  
Vuestro oro con las agenas.  
Creedme, señor don Félix,  
Yo tengo mucha experiencia  
Y sé lo que son las cosas;  
Dejaos, pues, de quimeras.  
Cada oveja, ya sabeis  
El refran, con su pareja.

DON FELIX.

—Pues bien, viejo testarudo,  
Ya que me provocas, guerra  
Te haré desde hoy; de tus brazos  
La arrancaré.

ROBLEDA.

—Y eso prueba  
Bien claro que sois un vil,  
Porque tan villana idea  
Le ocurre solo á un menguado  
Que contra la ley atenta.

DON FELIX.

—Nada me importa tu cólera  
Me olvido de tu insolencia.  
Y tú Aurora de mi vida . . .

ROBLEDA.

—Don Felix, su merced vea  
Que si da un paso hácia Aurora  
La vida al punto le cuesta  
La justicia de mi causa  
Ha defendido mi lengua,  
Con honor; de vuestro arrojo  
Mis pistolas me defiendan.

Asi Robleda diciendo.  
Metióse con faz resuelta  
Entre don Felix y Aurora,  
La mano en las armas puesta,  
Postróse á sus piés la niña  
De miedo en llanto desecha.  
Volvió en su acuerdo don Felix  
Y á punto tal por la cuesta  
Aparecieron ginetes  
Del conde con la librea,  
El mismo delante de ellos  
Avanzando á toda rienda.

EL CONDE.

¡Voto á San Dimas! ¿Qué es esto?  
¡El siervo contra el Señor?

ROBLEDA.

No busco, de tal rigor  
Para escusarme, pretesto,  
Mas yo mi honor defendia,  
Y antes de volver atrás,  
Poco es de él, de Satanás,  
Señor, le defenderia.

EL CONDE.

¡Mi hijo á tu honor atentó?  
Robleda, en verdad responde.

ROBLEDA.

Al vuestro atentaba, conde,  
A no impedirselo yo.  
Pidióme, loco, la mano  
De mi hija, y se la negué.

EL CONDE.

¡Eso pensó? ¡Por mi fé  
Que eres, Félix, un villano!

ROBLEDA.

Yo se lo dije tambien,  
Mas á fuerza, dijo airado,  
Que obtendria de contado  
Lo que no de bien á bien.

DON FELIX.

Pues bien, padre . . .

EL CONDE.

Calle el necio.

Robleda, tú has peleado  
En otro tiempo á mi lado,  
Y siempre te tuve aprecio.  
No, por mi vida, no es justo  
Que pagues solo la pena  
De culpa que ha sido agena;  
No has de partir, es mi gusto:  
La posesion te concedo  
De todo el valle que habitas;  
Y vé si mas necesitas,  
Que agradecido te quedo.  
Y tú, niña, olvida á ese hombre,  
Que no es en verdad razon  
Que tenga tu corazon  
Quien no ha de darte su nombre.  
Otro encontrarás mejor,  
Pues la dueña de este valle,  
Marido es fácil que halle,  
Si no conde, con honor.

ROBLEDA.

La proteccion agradezco,  
Señor, mas es castigarme,  
A que me quede obligarme  
En un lugar que aborrezco.

EL CONDE.

Entiendo tu repugnancia,  
Robleda, mas he curado  
De que vivas desquidado;  
Enviaré á Félix á Francia.  
Y aquí el conde de Aracena,  
Volviendo el rostro á su hijo  
Frunciendo el ceño le dijo,  
Con voz decidida y llena:  
Y ahora vos, caballero,  
De hinojos ante ese anciano  
Pedidle á besar la mano.

ROBLEDA.

¡A mí, señor!

EL CONDE.

Yo lo quiero.

DON FELIX.

Padre y señor, si esto es

Para vos buen desagravio,  
Con gusto pondré mi lábio  
No en sus manos, en sus piés.  
Mas ved que mi corazon . . .

EL CONDE (*interrumpiéndole.*)

No hay mas en ello que hablar,  
Yo dél os sabré arrancar  
Tan indigna inclinacion.

Hincaos: besad: ¡muy bien!  
Ahora montad, é id delante,  
Mas id con mejor talante,  
Por la estrella de Belén.

Y si quereis desde ahora  
Que mi cólera no estalle,  
Olvidaos de este valle,  
Y no penseis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda:  
Y ahora, á escape, señores,  
Que estarán mis cazadores  
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde  
Tras él á escape resuelto,  
Pero no sin haber vuelto  
Los ojos Félix á donde  
Su Aurora, en llanto desecha,  
Recoje aquella mirada,  
Que acaso la desdichada  
Como la última aprovecha.

Mientras los pudo alcanzar,  
La vista sobre ellos tuvo;  
Cuando perdido los hubo,  
No pudo con su pesar.

Huyó de su alma el valor  
Que hasta allí la habia asistido,  
Y al fin cayó sin sentido.  
¡Tan tirano era su amor!

#### IV.

Cumplió su palabra el conde,  
Y envió á don Félix á Francia,  
Porque son tiempo y distancia  
Grandes contrarios de amor.  
El conde está satisfecho,  
Y estálo tambien Robleda:  
Aurora es solo quien queda  
Abismada en su dolor.

Don Félix va caminando  
Apesarado y mohino,  
Aliviando su camino  
Con las memorias de ayer.  
Mas mozo ilustre que al mundo  
Hoy sale por vez primera,  
¡Quién sabe si allí le espera  
Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo  
De su familia encerrado,  
Mas fortuna no ha llegado  
Ni mas gloria á concebir;  
Toda su ambicion silvestre

Se redujo á sus vasallos,  
Sus perros y sus caballos.  
Eso fué su porvenir.

Mas si dichoso en la corte  
Y afortunado en la guerra,  
Fama se conquista y tierra  
Con bien merecida prez;  
Si el que hidalgo en provincia,  
Allá en país extranjero,  
Venturoso aventurero  
Medra en el mundo á su vez;

Si envuelto en el torbellino  
Del lujo y de la grandeza,  
Altivo con su nobleza  
Y fiero con su favor,  
Avasalla á la fortuna,  
¡Quién de que viva responde  
En el corazon del conde,  
Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,  
La imprevision, la osadía,  
La juventud, con un dia  
De suerte amiga no mas,  
Al golfo de la fortuna  
Sin brújula y sin estrella  
Se lanza, y boga tras ella  
Sin volver cara jamas.

La felicidad no ecsiste;  
La gloria es una mentira;  
Mas solo la gloria inspira  
Hazañas de gran valer.  
La dicha es la incertidumbre  
En que estriba la esperanza,  
Y porque nunca se alcanza,  
Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa,  
Afanado siempre el hombre  
Acrecienta su renombre  
Y acrecienta su ambicion.  
Y así fué grande Alejandro,  
Y así inmortal vive Homero,  
Por su fortuna primero,  
Despues por su corazon.

Eso es el hombre: deseos,  
Ambicion, fortuna, gloria;  
Eso es su vida, su historia,  
Del hombre es siempre el valor.  
Mas la mujer... ¡desdichada!  
Débil y hermosa nacida,  
El amor solo es su vida,  
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate  
Con la fortuna contraria,  
Ella triste y solitaria  
Orando por él está:  
El hombre egoista, avaro,  
Piensa en sí mismo primero,  
Y el corazon todo entero  
Ella entretanto le da.

¡Pobre Aurora! en vano tiendes  
Los ojos desenchajados  
Por los peñascos quebrados  
Que fuera del valle dan;

En vano pasas tus días  
De silencio y pesadumbre,  
De tu escasa incertidumbre  
Acrecentando el afán.

“¿Si volverá?”—se pregunta  
Todos los días Aurora.  
“¿Qué hará don Félix ahora?”  
En eso piensa no más.  
Verle venir á lo lejos  
A cada instante imagina,  
Mas la ilusión peregrina  
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda  
Consuelo estéril la ofrece;  
Su duelo no desvanece  
La verdad ni la razón.  
Si acaso muestra en sus labios  
El buen viejo una sonrisa,  
Una lágrima le avisa  
De que pena el corazón.

Y pasa día tras día,  
Consúmese hora tras hora,  
Mas no consuelan á Aurora  
La razón ni la verdad:  
Los días pasa en silencio,  
Pasa las noches llorando,  
Continuamente arraigando  
Su amor en la soledad.

“No llores, mi bien, la dice  
Desolado el pobre viejo:  
Al fin es mejor consejo,  
Lo que se pierde olvidar.”  
Y ella responde:—“Perderle,  
¿Por qué ocultar que me pesa?  
Ya sé que mi suerte es esa,  
Mas dejádmela llorar.

“Yo os prometí, padre mío,  
No verle más, no buscarle,  
Mas no prometí olvidarle,  
Que fuera imposible á fé.  
Su imagen está con fuego  
En mi corazón grabada,  
Y eternamente guardada  
En él la conservaré.”

—“¿Y piensas, pobre inocente,  
Que él conservará la tuya?”  
—“Padre, quien quiera lo arguya  
Por la palabra que dió.  
El será mi pensamiento  
Mientras me dure la vida;  
Si él, padre mío, me olvida,  
No he de culpárselo yo.”

“Solo su bien es mi anhelo,  
Y si á mi costa ha de hallarle,  
Quiera logrársela el cielo  
Si es venturoso sin mí.”  
Así á su padre llorando  
Dice la infeliz Aurora,  
Y el viejo oyéndola llora,  
Porque el triste lo cree así.  
Y en esta penosa calma,  
En esta intensa amargura,  
Sin menguar su desventura

Pasaba el tiempo veloz.  
Afanábase Robleda  
En consolar á su hija,  
Mas ella, en don Félix fija,  
Desatendía su voz.

Pasaba el día, la triste,  
Al pie del cerro vecino,  
Siempre mirando al camino  
Con insensata avidez,  
Continuamente sentada  
En la pradera florida,  
Donde le vió á su partida  
Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,  
Que ciego la idolatraba,  
Veía bien que la ahogaba  
Su inestinguible dolor.  
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto  
Toda su sangre vertiera  
Para sofocar la hoguera  
De aquel insensato amor!

## V.

En una tarde de Julio  
Que los nublados embozan,  
Del sol cubriendo los rayos  
Tras de su cortina lóbrega,  
Del arroyuelo á la margen  
Está la infeliz Aurora  
Embebecida la mente  
En lisonjeras memorias.  
Pálida y desencajada,  
Aunque atractiva y hermosa,  
Piensa en que el año se cumple  
Y su don Félix no torna.  
¡Un año! Y la pobre niña  
Aun siente devoradora  
De su amor la eterna llama,  
Que el tiempo apagar no logra.  
Un año va á ser que ausente  
Del dulce dueño que adora,  
Aun de su vuelta conserva  
Una ilusión mentirosa.  
Aun sale todas las tardes  
A contemplar á sus solas  
La senda por do solía  
Bajar por entre las rocas.  
Aun vuelve los tristes ojos  
Con esperanza engañosa,  
Creuyendo verle á lo lejos  
Doblar la empinada loma.  
Mas nunca llega don Félix;  
Jamás amiga persona  
Trae carta ó noticia suya  
A la enamorada Aurora.  
Y ella sin embargo espera;  
Mas ¡ay! esperanza loca!  
El año entero se cumple,  
Y su don Félix no torna.

¿Venís de Francia?

EL PEREGRINO.

Es mi patria.

AURORA.

¿Y la habeis andado toda?

EL PEREGRINO.

Toda la conozco á palmas  
Desde una punta á la otra.  
¿Mas qué te suspende, niña?  
¿Qué empacho pueril te estorba  
Finalizar tu pregunta?  
Nada me has dicho hasta ahora.  
Si acaso en Francia se hallare  
Alguna madre amorosa....

AURORA.

No la tengo.

EL PEREGRINO.

Algun hermano...

AURORA.

Tampoco.

EL PEREGRINO.

Alguna persona

Querida... Tal vez la misma  
Ocasión de tus congojas.

AURORA.

Pues bien, anciano, es muy cierto;  
Hay una cuya memoria  
De mí no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.

¿Un hombre?

AURORA.

Sí.

EL PEREGRINO.

¿De española

Sangre nacido?

AURORA.

En sus reyes

Origen su sangre toma.

EL PEREGRINO.

¿Pasó á Francia?

AURORA.

Por mi culpa.

EL PEREGRINO.

¿Le amabas?

AURORA.

Mucho.

EL PEREGRINO.

¿Y se nombra?

AURORA.

Don Félix es de Aracena.

EL PEREGRINO.

¿Altivo?

AURORA.

Y galán.

Y estaba pensando en ello  
Meditabunda y llorosa,  
Cuando en el fin del camino  
Distinguir creyó una sombra  
Que se deslizaba rápida  
Por la vereda tortuosa,  
Aclarando sus contornos  
Segun la distancia acorta.  
No es ilusión esta vez;  
Un bulto de humana forma  
Es la aparición. Los ojos  
Se la saltan de las órbitas.  
¿Con cuánta ansiedad y ahinco  
En el que viene los posa!  
Sondear quisiera, con verle,  
Su nombre, su sér, su historia.  
Y en tanto descende al valle  
La aparición venturosa,  
Que es un viejo peregrino  
Con su bordon y sus conchas,  
Agil y recio de miembros:  
Su larga edad no le estorba  
Para caminar, y apenas  
Sobre su baston se apoya.  
Cana la barba y crecida,  
Talante y faz magestuosa,  
Vaga sonrisa en los labios,  
Mirada escuadrinadora.

Tal era aquel extranjero  
De cuya agradable boca,  
Oyó Aurora un “Dios le guarde,”  
Tras de sonrisa amistosa.  
Y ella atenta contemplándole  
Por si tal vez le conozca,  
Volvióle la cortesía  
Con un “Vengais en buen hora.”  
Quedaron ambos un punto  
En actitud silenciosa,  
Trabando entrambos á poco,  
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.

¿Qué haces en medio del campo  
Con la tormenta tan próxima,  
Pobre niña?

AURORA.

—Ya lo veis,

Llorar.

EL PEREGRINO.

¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.

Mis desventuras, señor.

EL PEREGRINO.

¿Tan jóven, y ya te acosan  
El corazón las desdichas?

AURORA.

Cada día se redoblan.  
Mas perdonadme, extranjero,  
Si mi pregunta os enoja,  
Y á vuestra edad sin respeto  
Os interrumpo curiosa.